

# LA MORTALIDAD EN ALFACAR (GRANADA) EN EL SIGLO XVII

Mortality in Alfacar (Granada) in the seventeenth century

MIGUEL GÓMEZ MARTÍN \*

Aceptado: 10-6-99.

RIBLID [0210-9611(1999); 26; 161-189]

## RESUMEN

Los estudios de demografía histórica sobre la provincia de Granada en la Edad Moderna se han centrado en la evolución de la población en la capital pero sabemos poco de su entorno rural. Alfacar, pueblo situado a solo seis kilómetros de Granada en el borde Norte de su Vega, servirá para acercarnos a una de las variables demográficas: la mortalidad. Utilizando los registros parroquiales nos centraremos en la evolución seguida por ésta a lo largo de un siglo XVII tradicionalmente considerado como siglo de crisis. La segregación de los datos por edad, estado civil y nivel económico, aunque condicionada por la fuente utilizada, nos ha permitido afinar en mayor medida como repercute la mortalidad en cada uno de los segmentos de la sociedad.

**Palabras clave:** Población. Mortalidad-Siglo XVII. Granada.

## ABSTRACT

Research on historical demography upon the province of Granada in Modern Ages has been focused mainly on the development of population within the capital, therefore little is known about its rural outskirts. Alfacar, a village located on the northern border of its fertile plain and at only six kilometres from Granada, will be our focus of attention to approach the development of death rate throughout the XVII century, traditionally considered in crisis. As a source, we will make use of parroquial records. Despite of the source used, the segregation of data by: age, civil state and economical status has greatly allowed us to show the influence of death rate in every social level.

**Key words:** Population. Mortality-Seventeenth Century. Granada.

La mortalidad dentro del Antiguo Régimen se desenvuelve dentro de unos altos niveles que caracterizan tanto a la mortalidad ordinaria como a la mortalidad de crisis. No obstante, con ser muy importante la tasa de mortalidad, en tiempos normales se situaba por debajo de la tasa de natalidad, lo que hacía posible un crecimiento natural positivo que,

\* Investigador.

sostenido de forma continua, habría tenido como consecuencia importantes incrementos en la población de no ser porque esta se veía sometida con cierta regularidad a la influencia negativa de las crisis. Estas repentinas subidas de la mortalidad tenían una gran influencia en el desarrollo de las poblaciones antiguas, pues eran la causa última de que en el tiempo largo el crecimiento vegetativo fuera muy pequeño y en los peores casos nulo o negativo. Sin duda, desempeñaron un papel central en la demografía del Antiguo Régimen, tanto que según algunos autores el resto de variables demográficas se ajustaban en función de los cambios que infligía aquella en la estructura de las poblaciones afectadas por crisis. En última instancia, eran la frecuencia e intensidad alcanzadas en estos momentos críticos las que determinaron las oscilaciones a largo plazo de la población europea,<sup>1</sup> y su atenuación o desaparición lo que hizo posible la transición hacia un régimen demográfico moderno <sup>2</sup>.

La naturaleza de estas crisis y sus efectos es siempre un debate de moda dentro de la literatura dedicada a la historia demográfica. Los factores fundamentales que las provocaban son bien conocidos y se reducen a tres: la epidemia, el hambre y la guerra; pero son las complicadas relaciones que se establecen entre ellos las que han suscitado los más intensos debates. La influencia de la guerra ha sido matizada descartándola, salvo en momentos puntuales, como causa directa de las grandes mortandades en lo que se refiere al número de víctimas provocadas por los combates, su acción es más perniciosa como factor que provoca y difunde los otros dos, pues aparte de los efectos destructores causados por las batallas y saqueos, las tropas arrasaban los lugares por los que pasaban originando con frecuencia situaciones de escasez a esto se añadía su carácter de grupo itinerante y por lo tanto, elemento transmisor de primer orden de las epidemias. Las otras causas —hambre y epidemia—, actuaban de forma inmediata ya individualmente o unidas. En periodos normales para la economía la situación alimenticia no era del todo mala para las clases medias, si exceptuamos a los estratos más pobres y aún estos debían notar favorablemente los momentos de estabilidad económica. La supervivencia estaba asegurada para la mayor parte de la población que no tendría razones para temer una muerte

1. PÉREZ MOREDA, V. y REHER, D. S., “Mecanismos demográficos y oscilaciones a largo plazo de la población europea (1200-1850)”, *Revista de Historia Económica*, 4-3 (1986), pp. 467-490.

2. ARANGO, J., “La teoría de la Transición Demográfica y la experiencia histórica”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 10 (1980), pp. 169-198.

inmediata por inanición<sup>3</sup>. Pero en ciertos momentos de fuerte escasez en que el delicado equilibrio población-recursos se rompía, no cabe duda que el hambre jugó un papel importante como factor principal de mortalidad, si bien, es conveniente subrayar que estas ocasiones eran excepcionales y sobre todo incidían contundentemente en las minorías más desprotegidas de la sociedad. Lo habitual era la asociación hambre y epidemia, siendo raro que la primera actuase de forma aislada.

Los intentos de explicar el descenso secular de la mortalidad en Europa han seguido dos líneas diferentes: algunos autores han señalado a las mejoras de la nutrición que se produjeron en Europa a partir del siglo XVIII como la causa del descenso en la mortalidad iniciado a lo largo de esta centuria y la siguiente<sup>4</sup>. Otros, sin negar la incidencia del hambre, pero sólo en algunos momentos extremos, se centran más en la importancia de factores como pobreza, suciedad, ignorancia, mendicidad<sup>5</sup>), que, conjugados constituirían lo que se ha dado en llamar “síndrome de miseria o atraso”<sup>5</sup>. Dos posturas quizás no tan irreconciliables y excluyentes como parece desprenderse del debate generado que, por otra parte, cada vez esta dejando más claro la diversidad de factores no siempre conectados entre sí que intervinieron en la reducción de la mortalidad<sup>6</sup>.

Las enfermedades infecciosas epidémicas azotaron regularmente a la población europea durante la Edad Moderna, siendo las más frecuentes y mortíferas la peste y el tifus, aunque también otras como la gripe, la viruela, el colera, la malaria o el paludismo estuvieron presentes.

La frecuencia con la que encontramos en las grandes mortandades, la acción conjunta de hambruna y enfermedad, ha llevado a intentar establecer lo que sería un modelo de crisis que de respuesta a la cadena de acontecimientos que se desarrolla en los momentos de quiebra. El

3. LASLETT, P., *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*, Madrid, 1987.

4. McKEOWN, T., *El crecimiento moderno de la población*, Barcelona, 1978. El autor se basa en datos procedentes de Inglaterra y Gales.

5. LIVI-BACCI, M., *Ensayo sobre la historia demográfica europea. Población y alimentación en Europa*, Barcelona, 1988. LIVI-BACCI, M., *Historia mínima de la población mundial*, Barcelona, 1990.

6. SCHOFIELD, R. y REHER, D. S., “El descenso de la mortalidad en Europa”, *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 1994, XII-1, pp. 9-32. Una síntesis de las líneas de investigación y posturas en la relación nutrición y mortalidad puede encontrarse en PEREZ MOREDA, V., “Alimentación, desnutrición y crecimiento económico. Reflexiones sobre la obra: El hambre en la Historia”, *Agricultura y Sociedad*, 61, octubre-diciembre 1991, pp. 207-222.

modelo que podríamos denominar como “clásico” ya quedó enunciado por Meuvret y básicamente sería el siguiente: la climatología adversa provoca la quiebra de la producción agrícola con la consiguiente escasez de alimentos, la carestía lleva a una situación de desnutrición y es caldo de cultivo para la epidemia produciéndose, como resultado, una fuerte elevación de la mortalidad <sup>7</sup>. En este caso la pieza clave de la crisis es el hambre provocado por la carestía. Esta secuencia—probada para algunas de las crisis estudiadas— no es tan clara en otros ejemplos cuya explicación más compleja necesita de un nuevo modelo propuesto más recientemente que hace recaer en la epidemia el factor principal de la mortalidad, mientras que la carestía sería contingente, pudiendo aparecer a la vez que la crisis e incluso con posterioridad como producto de la perturbación provocada por ésta <sup>8</sup>.

Establecer la tipología de las crisis de mortalidad en Granada y su Vega durante la Edad Moderna requiere conocer con mayor exactitud la evolución de esta variable demográfica<sup>9</sup>. Determinar los momentos

7. MEUVRET, J., “Les crises de subsistances et la démographie de la France d’Ancien Régime”, *Population*, I, 4, pp. 643-650.

8. PÉREZ MOREDA, V., “Hambre, mortalidad y crecimiento demográfico en las poblaciones de la Europa preindustrial”, *Revista de Historia Económica*, Año VI, 3, 1988, pp. 709-735. PÉREZ MOREDA, V., “Crisis demográficas y crisis agrarias: paludismo y agricultura en España a fines del siglo XVIII”, *Congreso de Historia Rural*, Madrid, 1981.

9. El panorama presenta a una ciudad bastante conocida frente a una Vega prácticamente ignota. Los trabajos sobre la evolución poblacional de la ciudad en el siglo XVI abarcan a prácticamente todas sus parroquias: ROLDÁN DEL VALLE, J. L., *La Parroquia de Santa Escolástica en los siglos XVI y XVII*, Memoria de Licenciatura inédita, Granada, 1982. LUNA DÍAZ, J. A., “La Parroquia de Santa María Magdalena de Granada. Un barrio en expansión hacia la vega durante el siglo XVI”, *Chronica Nova*, 11 (1980), pp. 187-224. NEST ARES PLEGUEZÚELOS, M<sup>a</sup>. J., “La Parroquia del Sagrario de Granada en el siglo XVI: Estudio Demográfico”, *Chronica Nova*, 17 (1989). SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ, F., *El Realejo (1521-1630). Los inicios de un barrio cristiano*. Granada, 1986. VINCENT, B., “El Albaicín de Granada en el siglo XVI (1527-1587)”, en *Andalucía en la Edad Moderna: Economía y Sociedad*, Granada, 1985. VÁZQUEZ BERNI, J., “La Parroquia de Santa Ana en la Granada del siglo XVI: un estudio demográfico”, en *I Jornadas de Demografía Histórica de Andalucía*, Cádiz, 1992, inédito. GÓMEZ MARTÍN, M., “La Parroquia de San Ildefonso en la Granada del siglo XVI: un estudio demográfico”, en *I Jornadas de Demografía Histórica de Andalucía*, Cádiz, 1992, inédito. Mientras que los siglos XVII y XVIII son conocidos gracias a dos obras de conjunto: SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ, F., *La población granadina del siglo XVII*, Granada, 1989; y SANZ SAMPELAYO, J., *Granada en el siglo XVIII*, Granada, 1980. Por contra, el panorama en el ámbito rural es desolador: SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ, F. y GÓMEZ MARTÍN, M., *Peligros. Reconstrucción de la memoria histórica de una comunidad rural andaluza*, Granada, 1995.

críticos y su intensidad es imprescindible para poder adentrarnos en el desarrollo interno de cada uno de ellos. Éste es el paso previo para definir los modelos que siguen las crisis del Antiguo Régimen en Granada. El estudio de la mortalidad en Alfacar durante el siglo XVII pretende seguir sentando las bases que en un futuro permitan realizar una tarea aún pendiente <sup>10</sup>.

La recogida de información se llevó a cabo de forma individualizada para cada uno de los registros de las tres series. Ello hizo posible anotar, además del hecho vital en sí, toda una serie de datos complementarios que permitieron desagregar la serie por sexo, edad y estado civil, así como acercarnos a otro tipo de información que las partidas proporcionan de forma más indirecta: la pobreza.

10. Nuestro estudio se ha basado en los entierros anotados en los libros parroquiales conservados en el archivo de la Iglesia de Alfacar (el templo fue construido a partir de la segunda mitad del siglo XVI y dedicado a la Virgen de la Asunción, pero existen datos que atestiguan la existencia de otra Iglesia vieja derribada en 1557). El origen de los registros parroquiales data del Concilio de Trento donde se estableció en 1563 la obligación de anotar los bautizos y matrimonios en cada parroquia. En España, en algunas Diócesis, tal obligación es aún anterior, remontándose a los últimos años del siglo XV y principios del XVI. Los registros de defunciones no serán obligatorios hasta fechas posteriores con la implantación del Ritual Romano en 1614, aunque como en el caso de bautizos y matrimonios, aparezcan ya durante el siglo precedente. Entre otros se puede consultar, NADAL, J., *La población española (siglos XVI a XX)*, Barcelona, 1991 (4.ª edición corregida y aumentada), p. 20. PÉREZ MOREDA, V., *Las crisis de mortalidad en la España interior*, Madrid, 1980, pp. 26-29. MARTÍNEZ SANZ, J. L., "Una aproximación a la documentación de los Archivos Parroquiales de España", *Hispania*, 162 (1986), ppp. 169-194.

En nuestro caso la serie de entierros comienza a partir de 1619 ocupando los del siglo XVII los cuatro primeros libros: Libro 1.º (desde el 15-09-1619 hasta el 01-12-1637), Libro 2.º (desde el 04-01-1638 hasta el 04-12-1656), Libro 3.º (desde el 20-02-1657 hasta el 08-06-1679) y Libro 4.º (desde el 11-06-1679 hasta el 09-07-1701). Su estado de conservación es bueno en general, aunque ligeros desperfectos, causados por el paso del tiempo, se dejan notar en algunos volúmenes donde la falta de hojas sueltas no altera en absoluto la validez de los resultados (en el Libro 2.º de entierros falta el folio 48 que contiene partidas correspondientes a 1644 y en el Libro 4.º que se encuentra encuadernado junto al 5.º le faltan los folios 108, 154, 163, 164, 197, 198 con algunas partidas de 1689, 1695 y 1700). Información detallada sobre los contenidos del Archivo Parroquial de Alfacar nos la proporcionan: CASARES HERVÁS, M., "Memoria de los Archivos Diocesanos", separata del *Boletín del Arzobispado de Granada*, 5 (1964). JIMÉNEZ CAPILLA, A. y MARÍN FAJARDO, A., "Fuentes para la Historia del Reino de Granada. Alfacar", *Chronica Nova*, 3 (1969), pp. 57-61.

## 1. LA SERIE DE ENTIERROS EN EL SIGLO XVII

### 1.1. Cuantificación y evolución

El número de entierros durante el período 1618-1700 asciende a 2234, aunque los registros no se anotan con regularidad hasta 1624, año del que hemos partido para realizar nuestros cálculos. La media anual del período 1624-1700 se sitúa en 28<sup>7</sup>/<sub>4</sub> muertos para un total de 2183 registros. Sin embargo, las frecuentes crisis a las que se ve sometida la población del Antiguo Régimen con fuertes elevaciones de la mortalidad hacen que esta media sea poco significativa para seguir su evolución. La mortalidad se convierte así en la variable más inestable frente a bautizos y matrimonios. Debemos, por tanto, diferenciar a la hora de realizar nuestro estudio entre los años que presentan una mortalidad ordinaria, ya muy alta, frente a los que aparecen como una crisis de mortalidad, aunque hay que insistir en que ésta forma parte de la normalidad en un régimen demográfico de tipo antiguo.

La evolución de los entierros a lo largo del siglo (Gráfico 1) muestra como se inicia con valores que podríamos considerar “normales”. Esta es la tónica general de la primera parte del siglo si exceptuamos los años 1631, en el que se produce una fuerte subida de los entierros que llegan a 60, constituyendo la primera crisis de mortalidad del siglo, y 1650 con 43 entierros, que podemos calificar de “crisis menor”<sup>11</sup>. La segunda crisis importante aparece en 1664 que con 96 entierros se sitúa como el año más negativo de la centuria. A partir de aquí, la curva alcanza la normalidad, a excepción de una “crisis menor” en 1667 con 43 entierros. La última crisis del siglo se inicia en 1678 con 64 muertes

11. Las frecuentes crisis de mortalidad que afectaban a 1 as poblaciones en la modernidad también estuvieron presentes en nuestro pueblo. *A priori*, consideramos como “crisis de mortalidad” o “mortalidad de crisis” a cualquier alteración brusca en sentido ascendente y producida en un corto espacio de tiempo que afecte a la curva de mortalidad. Seguimos en este caso la definición de crisis demográfica de Pérez Moreda sin diferenciar el significado de los dos términos como la hace la escuela Franco-belga. PÉREZ MOREDA, V., *Las crisis de mortalidad...*, op. cit., jpp. 58-61. Pero, a efectos demográficos hemos de ser más precisos, por lo que hablaremos de “crisis de mortalidad” cuando la cifra de entierros sea igual o superior al doble de la media anual de defunciones y de “crisis menor” cuando la elevación se sitúe entre el 50% y el 100% de esta media. DEL PANTA, L y LIVI-BACCI, M., “Chronologie, intensite et diffusion des crises de mortalité en Italia, 1600-1850”, *Population*, 32 (1977), pp. 401-446. Consideran que el umbral de una “crisis menor” se situaría en un aumento de un 50% de las defunciones de los años normales. Ver también, PÉREZ MOREDA, V., *Las crisis de mortalidad en...*, op. cit., p. 107.

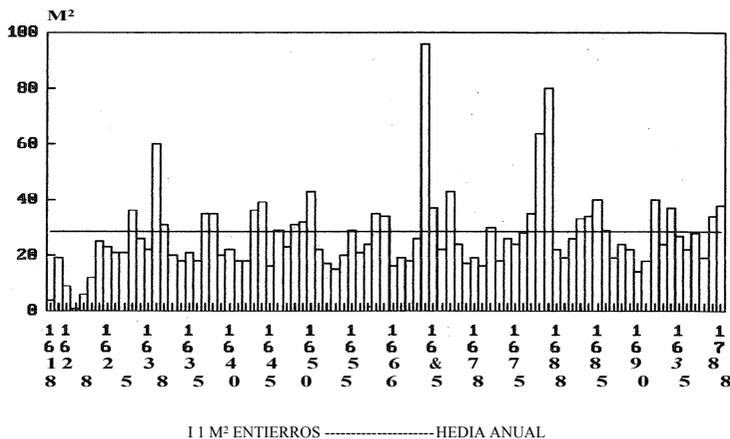


Gráfico 1. Alfacar. Entierros, siglo XVII. Evolución anual.

y se prolonga al año siguiente con otras 80 víctimas. Desde ahí hasta el final, la curva continua su desarrollo normal dejando ver nuevamente un perfil de dientes de sierra en el que sobresalen los años 1685 y 1692 con 40 entierros cada uno y que suponen años críticos muy cercanos a los límites establecidos para alcanzar la consideración de crisis menores.

El método de las medias móviles permite una observación más clara de las tendencias a medio y largo plazo (Gráfico 2) <sup>12</sup>. El número de fallecidos durante la crisis de 1631, aparece minimizado por la relativa benignidad de los años que le circundan. Por contra, eleva casi a su nivel los años anteriores a 1650. Los períodos más desfavorables del siglo están en su segunda parte, la curva sube hacia la mitad de la década de 1661-1670 debido a las crisis de 1664 y 1667, pero sobre todo, es la última crisis, la de 1678-1679, la que más incidencia tiene en el volumen de defunciones.

La agrupación de los fallecidos por decenios (Cuadro 1 y Gráfico 3), muestra como el de 1661-1670 con 321 entierros y sobre todo el de 1671-1680 con 343, son los peores de todo el siglo. En el lado opuesto,

12. Hemos usado grupos de 7 años, es decir, el año central para el que se calculaba la media, más los tres anteriores y posteriores.

las cifras más bajas de entierros las encontramos entre 1651-1660 con 233, seguidas por 1681-1690 con 260. La parte central del siglo aparece como el período más favorable para la población, coincidiendo con la ausencia de crisis de mortalidad.

Situamos el valor base 100 (Cuadro 1 y Gráfico 4) en la década de 1631-1640, la primera completa para la que disponemos de datos fiables. Los únicos períodos que no sobrepasan este valor son los de 1651 - 1660 y 1681-1690. Las cuatro décadas restantes superan el número

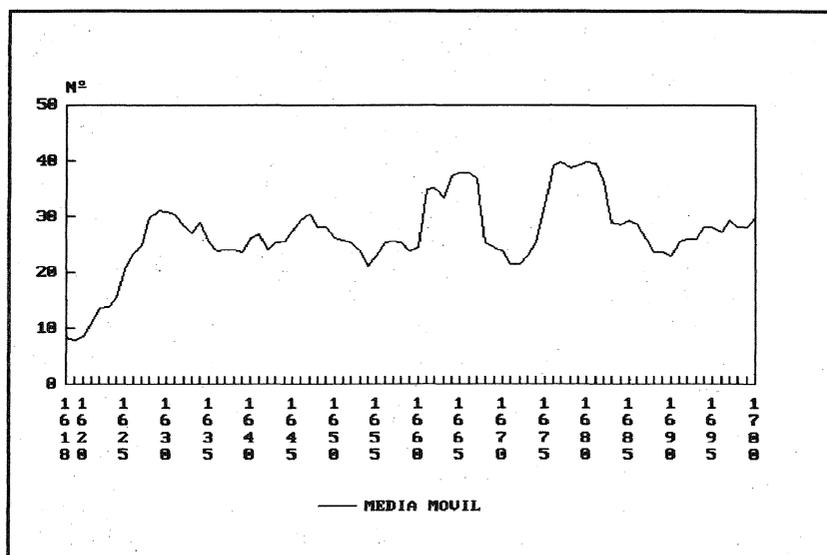


Gráfico 2. Alfacar. Entierros, siglo XVII. Media móvil.

CUADRO 1  
ALFACAR. ENTIERROS, SIGLO XVIII. EVOLUCIÓN POR DÉCADAS

DECENIOS	ENTIERROS	% BASE	DIFERENCIA	ACUMULADO
1631-1640	280	100		
1641-1650	285	101,8	5	5
1651-1660	233 "	83,2	-52 -	-47
1661-1670	321	114,6	88	41
1671-1680	343	122,5	- 22	63
1681-1690	260	92,9	-83	-20
1691-1700	287	102,5	: 27	7

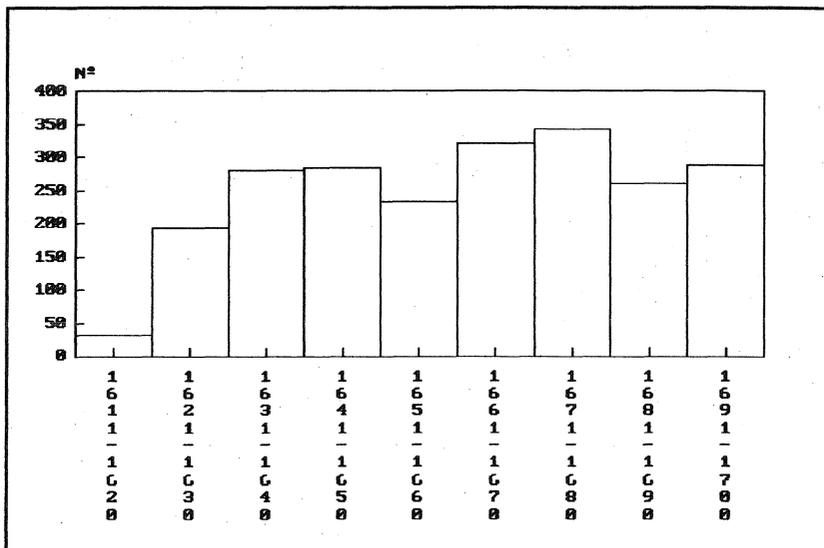


Gráfico 3. Alfacar. Entierros, siglo XVII. Evolución por décadas.

128

im

88

m

48

28

0

J	I	I	I	I	I	J	I	I
i	i	i	i	i	i	i	i	i
6	6	6	6	6	6	6	6	6
i	2	3	4	5	6	7	8	9
i	1	1	i	i	1	i	i	1
1	1	1	i	1	i	i	i	i
G	G	G	G	G	G	G	G	7
2	3	4	5	G	7	8	9	0
0	0	0	0	0	0	0	0	0

Gráfico 4. Alfacar. Entierros, siglo XVII. Evolución sobre el valor base 100.

índice aunque dos de ellas, 1641-1650 (101'8%) y 1691-1700 (102'5%), tienen valores similares. La mortalidad se acentúa muy datamente en las otras dos, 1661-1670 (114'6%) y 1671-1680 (122'5%), demostrando que la incidencia de las crisis en el resultado final es más que evidente; cosa que no ocurre con la crisis de 1631, pues el número índice establecido en el período 1631-1640 sólo supera a dos de las seis décadas restantes.

La diferencia y el acumulado (Cuadro 1 y Gráfico 5) permiten comprobar las oscilaciones parciales que sufren los entierros respecto de la década anterior y cuando esto suponía un cambio real de la situación con ganancias o pérdidas en el global del siglo. En este caso, el crecimiento real en el número de defunciones se sitúa entre las crisis de 1664 y 1678-1679, para después mantenerse muy cerca de los niveles anteriores.

### 1.2. Mortalidad adulta y mortalidad infantil.

La partidas no recogen la edad de los difuntos, lo que imposibilita, con el método utilizado, el estudio de la mortalidad por edades y por

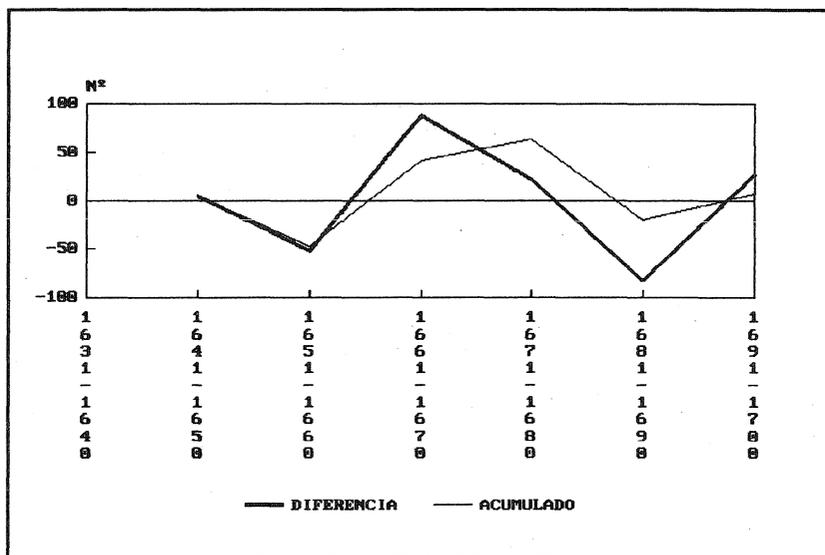


Gráfico 5. Alfacar. Entierros, siglo XVII. Diferencia y Acumulado.

añadida el de la mortalidad infantil propiamente dicha. No obstante, intentamos un acercamiento en la medida de lo posible, puesto que los registros si distinguen entre los entierros de adultos y los de niños. Aparte del estado civil del fallecido, que nos puede indicar si este ya es adulto, los párrocos utilizan en las anotaciones las expresiones “niño/a” y “criatura” para designar a los niños de hasta 14 años <sup>13</sup>. Debemos tener en cuenta, por tanto, cuando hablemos de mortalidad infantil que esta, en realidad engloba a la mortalidad infantil propiamente dicha, la mortalidad de la primera infancia y la mortalidad juvenil.

De los 2234 fallecidos en Alfacar durante el siglo XVII, son adultos 953 (42'7%) con una media anual de 12 entierros frente a los 1281 niños (57'3%) que alcanzan los 16'4 <sup>14</sup>.

La evolución de los entierros adultos (Gráfico 6) sigue mostrando las fluctuaciones típicas de la mortalidad, aunque sin las grandes subidas que hemos visto en la curva general de mortalidad. Aparecen como años de crisis menores para la población adulta los años de 1644 y 1646 con 20 defunciones, 1649 con 22, 1658 con 18, 1667 con 19, 1668 con 21, 1684 con 19 y 1694 y 1695 con 19 y 18 cada uno, aunque hay que tener en cuenta que, para una población tan pequeña, las cifras pueden distorsionar en alguna medida la realidad haciendo que consideremos como “crisis menor” cualquier pequeño incremento de la mortalidad debido a la casualidad. Las crisis más graves tienen lugar a partir de la segunda mitad del siglo, 1664 y 1679 con 27 muertos se sitúan dentro de las fuertes crisis de mortalidad general ya señaladas, estando el último, además, precedido por los 19 entierros de 1678 que agravarían la situación. Por contra, la crisis de 1684 y 1685 con 19 y 26 muertos afectó exclusivamente a la población adulta. La mayor parte de los peores momentos para este grupo poblacional (años 1644, 1646, 1649, 1658, 1668, 1684, 1685, 1694 y 1695) no coinciden con grandes alzas de la mortalidad general y son ocultados por el gran peso de la mortalidad infantil. Solo la discriminación por edades, aunque sea de forma tan grosera, nos permite detectarlos. La muerte afecta de forma distinta según la edad. La posibilidad de diferenciar en Alfacar entre ambas mortalidades deja claro, en nuestro caso, la insuficiencia de la curva de

13. En casos excepcionales también designarían a jóvenes de más edad, pero su número limitado no altera de forma significativa los resultados.

14. Los totales corresponden a todas las defunciones en el siglo XVII pero las medias han sido establecidas, igual que la media general de entierros, tomando las cifras de muertos de los años comprendidos entre el período 1624-1700.

defunciones adultas para medir las oscilaciones de la mortalidad general <sup>15</sup>.

La mortalidad infantil (Gráfico 6) presenta fluctuaciones más bruscas que la adulta con fuertes subidas en el número de entierros que destacan sobre la tónica general de los típicos dientes de sierra. Los

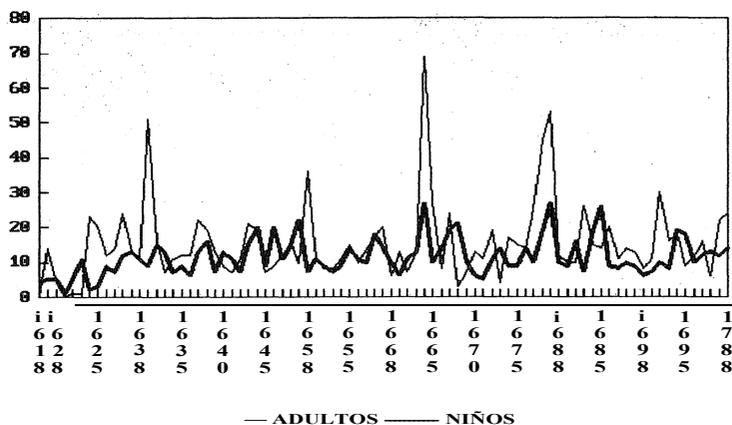


Gráfico 6. Alfacar. Entierros, siglo XVII. Evolución anual de la mortalidad adulta y la mortalidad infantil.

15. PÉREZ MOREDA, V., “El estudio evolutivo de la mortalidad: posibilidades y problemas planteados por los registros parroquiales del área rural segoviana”, en *Actas de las I Jornadas de Metodología aplicada a las Ciencias Históricas*. Santiago, 1975, pp. 309-322. Considera que “...la curva de defunciones de adultos basta para reflejar las oscilaciones de la mortalidad a escala local en incluso esbozar sus causas...”, p. 310. En Otero de Herreros la mortalidad infantil (0-14 años) se aproxima al 50% por lo que dobla la curva de defunciones de adultos a fin de evaluar las defunciones totales con lo que se consigue acercarse a la magnitud total de las defunciones en cierto período de tiempo, por contra la curva reflejará sólo la fluctuación anual de las defunciones de adultos, p. 311. Ver también REHER, D. S., “Dinámicas demográficas en Castilla La Nueva 1550-1900: un ensayo de reconstrucción”, en NADÁL OLLER, J. (coord.): *La evolución demográfica bajo los Austrias*. Alicante, 1991, pp. 17-75. Versión modificada del artículo aparecido con el mismo título en la *Serie Documentos de Trabajo* del Instituto de Demografía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (n.º 5, octubre 1990). Calcula en 2’8 el multiplicador que se aplica a las defunciones de adultos, aunque mantiene reservas sobre el método a la hora de interpretar los resultados.

peores momentos para la población infantil coinciden con las crisis generales antes apuntadas, los años 1631 con 51 entierros, 1664 con 69 prolongada en la población infantil a 1665 con 27, 1678 con 45 y 1679 con 53 reflejan este paralelismo. A estos, podemos añadir como año de crisis que afecta exclusivamente a la población infantil 1650 con 36. Otras crisis menores aparecen en 1677 con 25, 1683 con 26 y 1692 con 30 entierros a los que se suman 1628, 1667 y 1700 con 24 cada uno que constituyen también momentos críticos para las capas más jóvenes de la población

La diferenciación entre mortalidad adulta y mortalidad infantil, sin ser muy refinada, nos ha revelado nuevos datos: las grandes crisis del siglo tienen como componente fundamental la mortalidad infantil. La muerte se ensaña con los grupos más jóvenes de la sociedad; así la crisis de 1631 tiene un 85% de mortalidad infantil y la de 1664 un 71'9%, que aún destaca más si tenemos en cuenta que esta última también afecta a los adultos. El período 1678-1679 merece un comentario aparte; precedido por una crisis menor en 1677 que afectó exclusivamente a la población infantil con un 71'4% de muertes sobre el total; 1678 mantiene los porcentajes altos del año anterior con el 70'3% de mortalidad infantil, pero también alcanza de forma notable a la población adulta, aunque es en 1679 cuando la crisis adquiere carácter de catástrofe general, con todo la mortalidad infantil alcanza el 66'25% <sup>16</sup>. La última gran crisis del siglo castigó a todo el pueblo sin discriminación de edad, aunque se cebó espectacularmente con los más jóvenes <sup>17</sup>.

### 1.3. La intensidad de las crisis

La localización de las crisis de mortalidad se hizo relacionando el número de muertos de cada año con la media anual de entierros a lo largo del período estudiado. Esto fue suficiente para situar los momen-

16. La población infantil es también la más afectada en otros lugares de la provincia aunque sin alcanzar la proporción de Alfacar. FERNÁNDEZ SEGURA, P., "Evolución demográfica en la villa de Aldeire en los años 1665-1700", en *Actas del I Coloquio de Historia*, Guadix, 1989, pp. 79-89.

17. Esta mayor mortalidad de la población infantil en tiempos de crisis ha sido señalada también para otros lugares, EIRAS ROEL, A., "Características demográficas de la población de el Morrazo. In *memóram* Hilario Rodríguez Ferreiro", *Boletín de la ADEH*, XIII, 3 (1995), pp. 9-17. Basándose en la reducida caída de la natalidad durante las crisis y tras ellas afirma que estas ... "afectan poco a los elementos reproductores y en pleno vigor físico, cebándose principalmente en niños y viejos", p. 11.

tos de crisis cuya importancia valoramos por la cifra de fallecidos. Pero determinar la magnitud de una crisis sólo por el volumen anual de fallecidos no es un método muy refinado, puesto que no tiene en cuenta los cambios que se producen a lo largo del tiempo en el tamaño de la población y su repercusión sobre la media anual de entierros que es la que nos indica el nivel “normal” de mortalidad. Para ser más precisos intentamos relacionar la intensidad de cada una de las crisis con la media de fallecidos en los períodos más cortos <sup>18</sup>, minimizando así los efectos producidos por los cambios en el número de habitantes de Alfacar durante la Edad Moderna <sup>19</sup>. Los resultados se compararan sobre una escala determinada que nos dará la magnitud de la crisis. La arbitrariedad de la escala esta fuera de toda duda, como lo estaba antes cuando distinguíamos entre “crisis menor” y “crisis”, pero nos ayudará a comprender mejor sus consecuencias y la incidencia de cada una de ellas<sup>20</sup>.

18. Diferentes métodos para intentar establecer la intensidad de las crisis fueron presentados al *Coloquio Internacional de Demografía Histórica*, Montreal 1975. Las comunicaciones fueron publicadas en CHARBONNEAU, H. y LAROSE, A., *Les grandes mortalités: étude méthodologique des crises démographiques du passé*, Lieja, 1979. Las propuestas más importantes presentadas a este coloquio fueron las de T. Hollingsworth, J. Dupâquier y M. Livi-Bacci y L. Del Panta. Un resumen de ellas se puede encontrar en PÉREZ MOREDA, V., *Las crisis de mortalidad en...*, *op. cit.*, Madrid, 1980, pp. 100-106.

19. El método que seguiremos es el propuesto por J. Dupâquier en el citado Coloquio de Montreal de 1975. DUPÂQUIER, J., “L’analyse statistique des crises de mortalité”, Montreal, 1975. Únicamente, será aplicado en los años ya caracterizados como de “crisis” o “crisis menor”. Aunque también se puede utilizar para detectar las crisis, creemos que es innecesario para un volumen de población tan corto como el de Alfacar; además, su sensibilidad, puede inducirnos a considerar como tales pequeñas alteraciones al alza en la curva de entierros que entrarían dentro de la mortalidad ordinaria.

20. DUPÂQUIER, J., “L’analyse statistique des crises...”, *op. cit.* La fórmula es la siguiente:  $I=(D-M)/s$ ; de donde:

I = Intensidad de la crisis.

D = Número de entierros en el año analizado.

M = Media de entierros anuales de los 10 años que rodean al año de crisis y al que le precede y continúa.

s = Desviación típica de las defunciones de esos 10 años.

En los casos en que el período de 10 años sobre los que se calcula la media contiene dentro de él algún año calificado de “crisis” o “crisis menor”, este o estos no se han utilizado para establecer dicha media que ha sido obtenida usando el resto de años que no presentaban alteración alguna dentro de ese período.

El resultado se pondrá en relación con la siguiente escala.

Sobre las seis crisis del siglo dos años los de 1650 y 1667 tienen una intensidad media; otros tres, 1631, 1678 y 1679 llegan a alcanzar el nivel de crisis fuerte y, por último, 1664, año con mayor número de entierros del siglo, es también el que presenta una crisis con mayor intensidad llegando a la categoría de importante (Cuadro 2). No obstante, hemos de cuestionar si su mayor intensidad repercutió más sobre la población que la de 1678-1679, años con una magnitud menor, pero cuya acción sobre la población es más prolongada.

El análisis diferenciado entre población infantil y adulta concreta nuestros datos. La población adulta sufre a lo largo del siglo XVII trece crisis; nueve de ellas de magnitud media: 1644, 1646, 1658, 1667, 1668, 1678, 1684, 1694 y 1695; y otras cuatro de magnitud fuerte: 1649, 1664, 1679 y 1685. Durante el mismo período la población infantil solo sufre nueve crisis; dos de magnitud media: 1665 y 1677; cinco de magnitud fuerte: 1631, 1650, 1678, 1683 y 1692; y dos de magnitud importante: 1664 y 1679. Las consecuencias son claras, en Alfacar durante el siglo XVII, las crisis golpean con mayor frecuencia a los adultos que a los niños, pero la intensidad con la que lo hacen demuestra mayor benevolencia con la población de más edad pues solo cuatro de sus crisis alcanzan el rango de fuertes, mientras que, para la población más joven lo hacen cinco y dos más llegan a tener la consideración de importantes. Es pues, la población infantil la más afectada en los momentos difíciles de la existencia.

CUADRO 2  
ALFACAR. ENTIERROS, SIGLO XVII. INTENSIDAD DE LAS CRISIS.

<u>AÑO</u>	<u>INTENSIDAD</u>	<u>MAGNITUD</u>
1631	5'8	Crisis Fuerte
1650	2'6	Crisis Media
1664	10'9	Crisis Importante
1667	3'1	Crisis Media
1678	7'4	Crisis Fuerte
1679	7'6	Crisis Fuerte

MAGNITUD	INTENSIDAD
Crisis menor	Entre 1 y 2
Crisis media	Entre 2 y 4
Crisis fuerte	Entre 4 y 8
Crisis importante	Entre 8 y 16
Gran crisis	Entre 16 y 32
Catástrofe	A partir de 32

#### 1.4. Diferenciación sexual

Distribuidos por sexo los 2234 fallecidos dan como resultado 1022 varones (45'7%) frente a 1166 mujeres (52'2%), mientras que en otros 46 casos (2'1%) fue imposible determinarlo. La división entre adultos y niños puntualizará más el estudio.

Sobre un total de 953 adultos son varones 450 (47'2%) y mujeres 503 (52'8%). El desconocimiento de la edad de los fallecidos no nos permite ser más precisos, pero la existencia de una sobremortalidad femenina a causa del parto en el período de fecundidad de la mujer es un hecho suficientemente probado <sup>21</sup>. Una asistencia médica deficiente unida a condiciones higiénicas casi nulas provocaban esta alta mortalidad. A ellas se sumaba el trabajo de la mujer que unía a las labores de la casa su participación en otros trabajos como las faenas agrícolas sobre todo en medios rurales.

Las dificultades en la división por sexos de la mortalidad infantil presenta problemas casi insoslayables y requiere unos comentarios previos. En primer lugar, en las fuentes aparece la expresión "criatura" para señalar la muerte de un niño en 46 ocasiones (3'5%); palabra que nada nos dice sobre la pertenencia del fallecido a uno u otro sexo y que probablemente debiera su empleo a la desidia del párroco. Sobre si el término discrimina a favor o en contra de un determinado sexo nada sabemos, por lo que hemos optado por no utilizar estos casos en nuestros cálculos. Tampoco utilizaremos el período comprendido entre 1650 y 1667, en el que las anotaciones carecen de toda fiabilidad en este sentido, ya que el término "niña", empleado en 281 ocasiones, frente a "niño" en 22-y criatura en 8, parece designar a los infantes fallecidos de ambos sexos pues no es posible una diferencia tan acusada debida sólo al azar. Teniendo en cuenta estas restricciones nos quedan un total de 926 casos de los que 547 son varones (59'1%) y 379 mujeres (40'9%), lo que confirma la mayor mortalidad infantil masculina desde incluso antes del mismo momento del nacimiento y la consiguiente superior mortalidad femenina en las edades adultas. No obstante, creemos que los datos son poco fiables, aunque el cuadro general podría ceñirse bastante a la realidad.

21. Valga como ejemplo los datos contenidos en PÉREZ MOREDA, V., *Las crisis de mortalidad...*, op. cit., p. 199. Ofrece datos de la mortalidad adulta distribuida por sexo y edad en las localidades de Otero de Herreros y Villacastín donde se ve claramente una sobremortalidad femenina en el grupo de edad de 20 a 39 años, período de máxima fecundidad femenina.

La mortalidad afectaría más a los varones en el momento del nacimiento y en los primeros años de vida donde prevalece la mayor fortaleza biológica de las mujeres. La población que superaba estas edades estaba también influida por la resistencia biológica antes aludida, pero la reiterada exposición al parto durante el período fecundo de las mujeres en las circunstancias ya señaladas, harían que aquella pasase a segundo plano en favor de una acusada mortalidad puerperal. Desconocemos lo que pasaba a edades más avanzadas, pero es probable que la tendencia cambiase nuevamente en contra de los varones cuyos fallecimientos volverían a ser más numerosos al no existir como contrapeso una causa que afectase de forma exclusiva a la mortalidad de la población femenina.

### 1.5. Estado civil de los fallecidos

Las partidas no siempre reflejan el estado civil de los fallecidos, no obstante, hemos considerado que cuando este no aparece la anotación corresponde a un soltero, aún a sabiendas de que esto no era así en todos los casos.

De las 953 defunciones de adultos, 284 (29'8%) corresponden a solteros (170 varones y 114 mujeres), 468 (219 varones y 249 mujeres) a casados (49'1%) y 201 (62 varones y 139 mujeres) a viudos (21%). El poco peso de los solteros podría estar relacionado con la extensión de la categoría de niño hasta aproximadamente los 14 años<sup>22</sup> lo que reduce el número de personas encuadradas en aquel grupo. La muerte parece cebarse con el grupo de casados y, dentro de éste, más con las mujeres; hecho que confirma la fuerte sobremortalidad femenina en los momentos del parto señalada anteriormente. La mayor mortalidad de las viudas se debería sin duda, a que las mujeres alcanzarían en mayor medida que los varones este estado civil, pero esto sería consecuencia de una superioridad de entierros de varones casados frente a mujeres casadas que no se produce. La explicación podría estar en la mayor facilidad de los viudos para contraer nuevas nupcias<sup>23</sup>, lo que aumentaría el número de individuos de sexo femenino que alcanzaban el estado de casada y, por tanto, la posibilidad de morir dentro de el.

22. Otros factores, que no hemos comprobado, como un celibato definitivo bajo y una edad de acceso al matrimonio también relativamente baja, podrían influir en este tipo de situaciones.

23. SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ, F., *La población granadina...*, op. cit., p. 156.

Además, habría que añadir que algunas veces el estado civil reflejado en el acta de defunción no coincide con el real, los estados de casado y viudo fueron la causa de algunas confusiones del párroco.

Por décadas, hay que constatar que los casados fallecidos son siempre el grupo más numeroso por encima del 40%, llegando a superar el 50% a partir de 1671. El grupo que menos fluctúa es el de los viudos que se muestran muy regulares en torno 22%, alcanzando como valor máximo el 25,7% en la década de 1651-1660 (Cuadro 3)<sup>24</sup>.

CUADRO 3  
ALFACAR. ENTIERROS, SIGLO XVIII. ESTADO CIVIL

	Nº adultos	Soit..	%.	Cas.	%	Viud.	%
1611-1620	14	12	85'7	1	7'1	1	7'1
1621-1630	74	36	48'6	31	41'9	7	9'5
1631-1640	108	37	34'3	48	44'4	23	21'3
1641-1650	137	33	24'1	73	53'3	31	22'6
1651-1660	113	31	27'4	53	46'9	29	25'7
1661-1670	137	46	33'6	58	42'3	33	24'1
1671-1680	128	27	21'1	76	59'4	25	19'5
1681-1690	119	32	26'9	60	50'4	27	22'7
1691-1700	123	30	24'4	68	55'3	25	20'3
TOTAL	953	284	29'8	468	49'1	201	21'1

### 1.6. Estacionalidad

El análisis de la distribución mensual de los entierros nos puede acercar en cierta medida al conocimiento de sus causas. La característica principal son las fuertes oscilaciones mensuales de la mortalidad. La estacionalidad total (Cuadro 4 y Gráfico 7)<sup>25</sup> presenta el mayor número de muertes anuales en el mes de octubre con 247 (11'1%) y el mínimo en Junio con 135 (6%). El máximo se sitúa en verano y otoño seguidos de un segundo máximo anual en invierno. La primavera y el inicio del verano aparecen como los momentos más favorables para la

24. No tenemos en cuenta las décadas de 1611-1620 y 1621-1630 con registros muy escasos e irregulares.

25. Los gráficos sobre estacionalidad han sido realizados mediante el método de los números proporcionales cuyo valor central es 100, por lo que los resultados se interpretan en función de su desviación sobre 100 (en los gráficos 0 es igual a 100), situándose por encima de este punto los meses en los que la mortalidad es mayor y por debajo los restantes. La virtud de este método reside en que tiene en cuenta la diferente duración de los meses.

población. El movimiento estacional de la mortalidad ordinaria era claramente percibido por los contemporáneos. En 1507 el bachiller Pedro de Torres señala como “*En Agosto y septiembre moría mucha gente en Castilla la Vieja*”<sup>26</sup>.

El estudio segregado de la mortalidad adulta e infantil nos puede aportar más datos. La mortalidad adulta (Cuadro 5 y Gráfico 8) demuestra cierto paralelismo con la estacionalidad de la mortalidad total, aunque con algunas diferencias. El peor momento se sitúa ahora más claramente a finales de verano y en otoño, julio aunque por debajo de la media no muestra ahora las grandes diferencias con respecto a Agosto que presentaba en el gráfico de la mortalidad total. El invierno representa un máximo secundario; enero es el peor mes de todo el año, seguramente asociado a enfermedades de tipo respiratorio que afectarían directamente a la población adulta, pero diciembre y sobre todo febrero se muestran claramente benignos.

La mortalidad infantil (Cuadro 5 y Gráfico 9) presenta algunas diferencias respecto a la adulta y sigue de forma más clara la línea trazada por el cuadro general, lo que demuestra su mayor peso en relación con la mortalidad total. El máximo de muertes sigue situándose en verano y otoño, debido a la fuerte incidencia de las enfermedades digestivas, y de forma secundaria en invierno, aunque el mes que presenta mayor número de muertes en esta estación se traslada ahora a diciembre, quedando enero como un mes con un saldo ligeramente positivo.

CUADRO 4  
ALFACAR. ENTIERROS, SIGLO XVII. DISTRIBUCIÓN MENSUAL

	ENTIERROS	DIFERENCIA	%
ENERO	211		9'4
FEBRERO	148	-63	6'6
MARZO	152	4	6'8
ABRIL	145	-7	
MAYO	56	11	7'0
JUNIO	135	-21	6'0
JULIO	164	29	7*3
AGOSTO	216	52	9'7
SEPTIEMBRE	227	11	10'2
OCTUBRE	247	20	11'1
NOVIEMBRE	208	-39	9'3
DICIEMBRE	225	17	10'1
TOTAL	234		100

26. Citado en PÉREZ MOREDA, V., *La crisis de mortalidad...*, op. cit., p. 204.



Gráfico 7. Alfacar. Entierros, siglo XVII. Estacionalidad total.

CUADRO 5  
ALFACAR. ENTIERROS, SIGLO XVII. ESTACIONALIDAD ADULTA E INFANTIL

	<i>Adult.</i>	<i>Diferencia</i>	<i>%</i>	<i>Niños</i>	<i>Diferencia</i>	<i>' %</i>
ENERO	99		10'9	112		8'4
FEBRERO	54	-45	6'0	94	-18	7'1
MARZO	73	19	8'0	79	-15	6'0
ABRIL	67	-6	7'4	78	-1	5'9
MAYO	6	9	8'4	80	2	6'0
JUNIO	62	-14	6'8	73	-7	5'5
JULIO	76	14	8'4	88	15	6'6
AGOSTO	80	4	8'8	136	48	10'2
SEPTIEMBRE	86	6	9'5	141	5	10'6
OCTUBRE	92	6	10'1	155	14	11'7
NOVIEMBRE	71	-21	7'8	137	-18	10'3
DICIEMBRE	71	0	7'8	154	17	11'6
TOTAL	907		100	1327		100

## 2. LA POBREZA

La anotación sistemática del precio del entierro en las partidas de entierros permite el estudio de la pobreza. El coste del entierro variaba

ene' Feb *mm* abr *mv* Jim jul ago sep OCT nom DIC

Gráfico 8. Alfacar. Entierros, siglo XVII. Estacionalidad adultos.

\_\_ i \_\_ L \_\_  
ENE FEB *mR* ABB NAV JUN JUL AGO SEP OCT NOM DIG

Gráfico 9. Alfacar. Entierros, siglo XVII. Estacionalidad infantil.

según el tipo de este, pero en los casos de pobreza extrema, la Iglesia enterraba de forma gratuita a los que no podían pagarlo, y el párroco anotaba al margen de la partida expresiones como “pobre”, “gratis”, “de limosna” o “pobre de solemnidad”. Las diferentes fórmulas utilizadas por los párrocos para declarar la pobreza del difunto parecen indicar diferentes niveles de esta aunque es difícil establecer tales, máxime cuando las partidas poco aclaran en este sentido, salvo que el pobre pague su entierro él mismo o la generosidad de los fieles se haga cargo; casos en los que la pobreza también se refleja en las actas. Nuestro análisis se limitará a comprobar y cuantificar la pobreza a lo largo del periodo estudiado <sup>27</sup>.

El principal problema que plantea el estudio de la pobreza, aparte de si fueron o no anotados todos los pobres, es el de si todos los declarados como pobres lo son. Somos conscientes de que esto no es así aunque el número de casos sería mínimo, sobre todo si tenemos en cuenta lo cerrada que puede ser una pequeña sociedad rural. La pobreza implicaba ciertas ventajas económicas tanto en vida, con la exención de impuestos, como después de la muerte, evitando así el pago de mandas forzosas, redención de cautivos o la reconquista de Jerusalén, que en algún caso serían bien vistas por los familiares; pero insistimos en la excepcionalidad de estos y, por otro lado, es imposible contabilizarlos aparte<sup>28</sup>.

Algunos entierros demuestran que la pobreza estaba más estrechamente unida a determinados grupos sociológicos. Las familias cuyas mujeres cuidaban a niños expósitos trabajando como amas de cría no pagaban el entierro si eran sorprendidos por la muerte, es el caso de María, criada por Ana de Silva y Juan del Castillo, muerta en 1677 cuyo entierro es gratis; igual ocurre con el niño que tenía a su cuidado María Gómez y que falleció en 1678. El abandono y la desgracia de la exposición continuaban, incluso, hasta después de la muerte. También, en el

27. Únicamente, hemos considerado aquellos casos en los que se señala que el difunto es pobre, o en su defecto, los que tienen anotado al margen que el entierro fue gratis o de limosna. Aquellos casos que morían por accidente, o muertos de repente forasteros que estaban de paso por el pueblo y que también aparecen enterrados de forma gratuita, no han sido tenidos en cuenta, puesto que no hay certeza sobre su pobreza real. Igual ocurre con las ceremonias dedicadas a sacerdotes, sacristanes y afines a la Iglesia que si bien en ocasiones podían ser verdaderamente pobres, su situación económica no influyó en la gratuidad del entierro y no es posible distinguirlos de los que estaban en mejores condiciones materiales.

28. SOUBEYROUX, J., “Pauperismo y relaciones sociales en el Madrid del siglo XVIII”, *Estudios de Historia Social*, 12-15 (1980).

mundo de los adultos encontramos pruebas de esto, en 1649 es enterrada Magdalena Ciciliana criada del capitán Matute y pobre de solemnidad y en 1681 María de San Juan, esclava pobre de Pedro de Zúñiga.

### 2.1. Cuantificación y evolución

Entre 1638 y 1700<sup>29</sup> se llevan a cabo un total de 1806 entierros de los que son calificados como de pobres 277 lo que representa un 15'3%, porcentaje muy alto si lo comparamos con el 5'5% encontrado por el profesor Sánchez-Montes para la ciudad de Granada, aunque como él mismo señala, esta proporción no refleja la realidad, en tanto que los párrocos de la ciudad no anotaban si el entierro era gratis en el caso de los niños y, por tanto, el número de pobres sólo contiene a los adultos, con lo que el porcentaje se eleva al 7'4% más cercano a la realidad, aunque probablemente muy inferior a esta <sup>30</sup>.

La evolución anual de la pobreza (Gráfico 10) muestra cierto paralelismo con el total de entierros que se hace más evidente en los períodos de crisis. Los malos momentos, los son para el conjunto de la población y aunque mueren más pobres también afectan al resto. Los mayores incrementos se producen en las crisis de 1664 y 1678-1679 a los que habría que añadir el período 1683-1685, estos son decisivos para que las décadas de 1661-1670, 1671-1680 y 1681-1690 sean las de más altos porcentajes de entierros de pobres con 22'1%, 17'8 y 18'8% (Cuadro 6 y Gráfico 11).

29. Nuestros datos son válidos a partir del libro 2.º de entierros puesto que es en 1638 cuando se empieza a dar cuenta con regularidad de la pobreza de los fallecidos. Antes de esta fecha, en el libro 1.º de entierros, sólo se registran dos casos de pobreza que corresponden a adultos lo que sin duda, no refleja la realidad de los 428 entierros realizados en la parroquia de Alfacar hasta esos momentos.

30. SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ, F., *La población granadina...*, *op. cit.*, p. 183. No es este el único caso donde no aparece anotada la pobreza de los entierros de niños de familias pobres. LARQUIÉ, C., "Un estudio cuantitativo de la pobreza: los madrileños y la muerte en el siglo XVII", *Hispania*, XL-3, 146 (1980), pp. 577-602. Publicado también en LARQUIÉ, C., "Une approche quantitative de la pauvreté: les Madrilènes et la mort au XVIIIe siècle", *Annales de Démographie Historique*, pp. 175-196. Achaca su poca presencia en las partidas de niños a que los padres consiguen reunir el dinero necesario para los funerales y a que no merece ser añadida esta desgracia a la tristeza que provoca la partida de seres jóvenes.

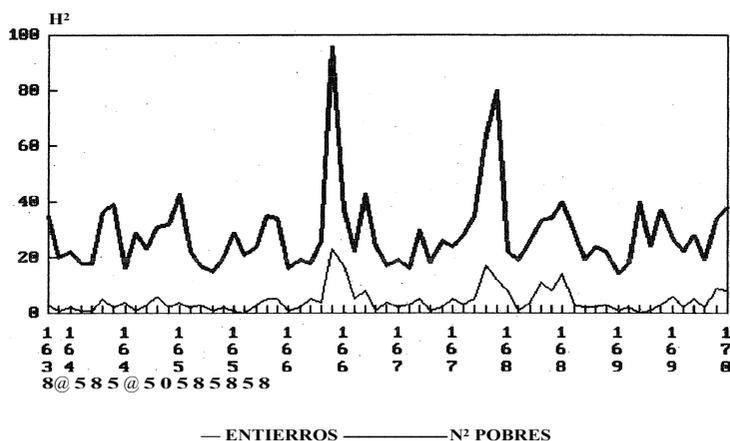


Gráfico 10. Alfacar. Entierros, siglo XVII. Evolución anual de los entierros de pobres.

CUADRO 6  
ALFACAR. DISTRIBUCIÓN POR DÉCADAS DE LOS ENTIERROS DE POBRES

	Nº ENTIERROS	Nº POBRES	%
1638-1640	77	6	7'8
1641-1650	285	29	10'2
1651-1660	233	23	9'9
1661-1670	321	71	22'1
1671-1680	343	61	17'8
1681-1690	260	49	18'8
1691-1700	287	38	13'2
TOTAL	1806	277	15'3

## 2.2. Pobreza adulta y pobreza infantil

Los párrocos de Alfacar tuvieron cuidado de anotar, cuando fue el caso, los entierros de niños pertenecientes a familias pobres, lo que nos permite discriminar entre pobreza adulta e infantil aunque, sin duda, esta última es un reflejo de la primera.

En el siglo XVII las 793 partidas de fallecidos adultos contienen un total de 101 casos (12'7%) en los que se enterró a un indigente, cifra

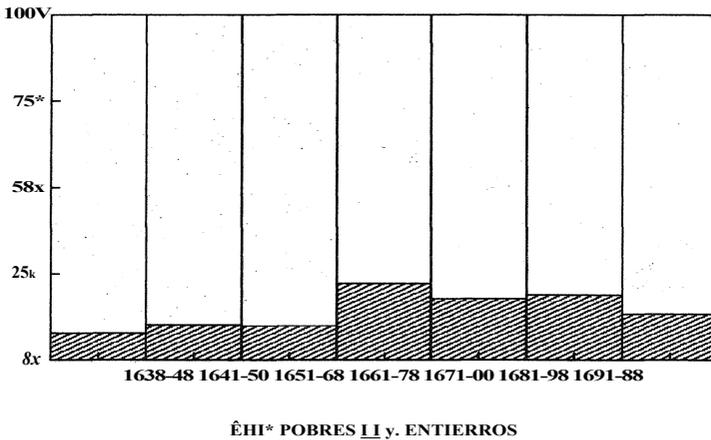


Gráfico 11. Alfácar. Entierros, siglo XVII. Distribución por décadas del porcentaje de entierros de pobres.

más cercana a la de la ciudad de Granada, aunque claramente superior <sup>31</sup>. Por décadas, fue la de 1681-1690 con un 16'8% la peor para los adultos pobres que durante todo el período comprendido entre 1661-1690 superaron el 16% (Cuadro 7).

El número de niños que pertenecían a familias pobres llegó a 176 (17'4%) sobre un total de 1013 entierros, porcentaje superior al de los adultos. La distribución por décadas de estos entierros (Cuadro 7) demuestra como la peor fue la de 1661-1670, con un porcentaje del 26'6%, producto en buena parte de la crisis de 1664 que se prolongó a 1665 con 19 y 14 defunciones respectivamente, seguida por la de 1681-1690 que llega al 20'6%, y la de 1671-1680 con 18'6%, en esta última 1678 con 14 muertes es el año más negro. El período más crítico para los niños pobres 1661-1690, coincide plenamente con el de los adultos.

31. Con todo el porcentaje es bastante inferior al de otros lugares. LARQUIÉ, C., "Un estudio cuantitativo...", *op. cit.* La cifra alcanza un 20'5% con relación al total de defunciones.

CUADRO 7  
ALFACAR. DISTRIBUCIÓN POR DÉCADAS DE LOS ENTIERROS ADULTOS Y  
NIÑOS POBRES

	<i>Adult.</i>	<i>Adult, pobres</i>	%	<i>Niños</i>	<i>Niños pobres</i>	%
1638-1640	36	1	2'8	41	5	12'2
1641-1650	137	13	9'5	148	16	10'8
1651-1660	113	15	13'3	120	8	6'7
1661-1670	137	22	16'1	184	49	26'6
1671-1680	128	21	16'4	215	40	18'6
1681-1690	119	20	16'8	141	29	20'6
1691-1600	123	9	7'3	164	29	17'7
TOTAL	793	101	12'7	1013	176	17'4

### 2.3. *Estado civil*

Atendiendo al estado civil era de esperar que las personas más afectadas por la pobreza fueran las viudas, pues es en la vejez cuando la pareja pierde poder adquisitivo llegando a la indigencia en muchas ocasiones. La muerte de uno de los cónyuges también agrava la situación económica de la familia, sobre todo si es la del varón, pues era él quien aportaba, en la mayor parte de los casos, el trabajo remunerado fuera de la casa. La situación, nada infrecuente en el Antiguo Régimen demográfico, ocasionaría un daño económico irreparable en muchas ocasiones.

Curiosamente en el siglo XVII (Cuadro 8) son los grupos de solteros (22 solteros y 16 solteras) y casados (14 casados y 24 casadas), los más numerosos con 38 casos. Esto último puede explicar el porcentaje superior de la pobreza infantil frente a la adulta, mientras que los viudos con 25 casos ocupan el último lugar (9 viudos y 16 viudas). Sin embargo, las cifras absolutas dificultan nuestra visión de la realidad; la igualdad entre solteros y casados se rompe al observar los porcentajes de pobres respecto al total de fallecidos distribuidos por estado civil, demostrando que son los casados quienes están más protegidos ante las contingencias económicas en el momento de la muerte —sólo un 9'3%—, mientras que los solteros ocupan el primer puesto llegando al 18'4%. Los viudos mantienen una posición intermedia con un 14%, porcentaje superior a la media general. Por sexos, los varones solteros y viudos tienen más problemas que las mujeres de su mismo estado civil, resaltando el menor porcentaje de viudas frente a viudos, cuando era de esperar lo contrario. Dentro del matrimonio las mujeres si superan a los varones, con todo este parece actuar como escudo ante la indigencia.

CUADRO 8  
ALFACAR. DISTRIBUCIÓN DE LOS ENTIERROS DE ADULTOS POBRES POR SEXO Y ESTADO CIVIL EN EL SIGLO XVII

<i>E. CIVIL</i>	<i>SOLTEROS</i>		<i>CASADOS</i>		<i>VIUDO</i>	
TOTAL ENTIERROS	207		407		179	
ADULTOS POBRES	38		38		25	
%	18'4		9'3		14'0	
<i>SEXO</i>	<i>V</i>	<i>M</i>	<i>V</i>	<i>M</i>	<i>V'</i>	<i>M.</i>
TOTAL ENTIERROS	112	95	197	210	58	121
ADULTOS POBRES	22	16	14	24	9	16
%	19'6	16'8	7'1	11'4	15'5	13'2

2.4. Estacionalidad

La distribución mensual de los pobres durante el siglo XVII (Cuadro 9 y Gráfico 12) muestra aún mayores oscilaciones que la población general. Abril (5'4%) se sitúa como el mes de menos mortalidad, mientras que en el extremo opuesto diciembre (13'7%) aparece como el más grave. El final del verano y el inicio del otoño son el período de máxima mortalidad de pobres, pero en este caso el invierno, sobre todo diciembre, no aparece como un máximo secundario, sino que iguala las cifras anteriores, el frío parece ensañarse con más fuerza sobre las capas menos protegidas de la sociedad.

CUADRO 9  
ALFACAR. ESTACIONALIDAD DE LOS ENTIERROS DE POBRES EN EL SIGLO XVII

	<i>POBRES</i>	<i>DIFERENCIA</i>	<i>%</i>
ENERO	26		9'4
FEBRERO	20	-6	7'2
MARZO	21	1	7'6
ABRIL	14	-7	5'1
MAYO	15	1	5'4
JUNIO	15	0	5'4
JULIO	19	4	6'9
AGOSTO	29	10	10'5
SEPTIEMBRE	35	6	12'6
OCTUBRE	21	-14	7'6
NOVIEMBRE	24	3	8'7
DICIEMBRE	38	14	13'7
TOTAL	277		100

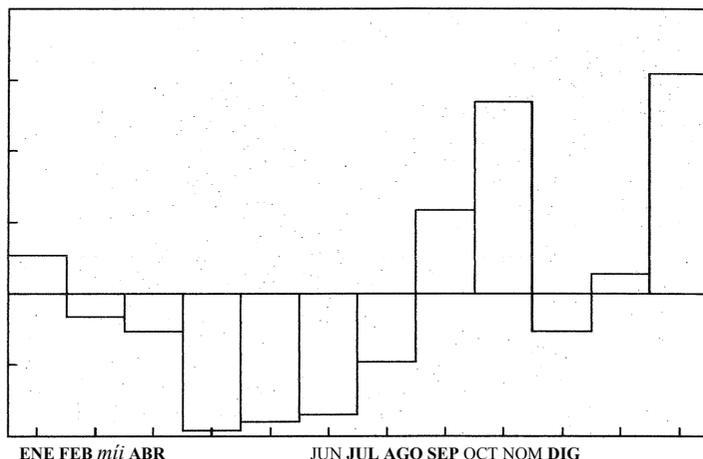


Gráfico 12. Alfacar. Entierros, siglo XVII. Estacionalidad en las defunciones de pobres.

### CONCLUSIONES

La influencia de las frecuentes crisis que durante todo el siglo XVII azotaron a la población de Alfacar queda patente en la serie de entierros, pues aquellas son la causa última de que el número de fallecidos se mueva en valores relativamente altos. Las crisis más fuertes fueron las de la segunda mitad del siglo, siendo la de mayor importancia por su prolongación en el tiempo la de 1677-1679 seguida muy de cerca por la de 1664. En la primera mitad destaca la de 1631 y no tuvo la fuerza esperada la de 1647-1650. Los momentos críticos fueron más frecuentes entre la población adulta que entre la infantil y, sin embargo, alcanzaron una mayor intensidad en esta última. La elevada mortalidad infantil contribuye a ocultar los peores momentos para la población adulta, que en muchos casos no coinciden con las subidas en la curva de la mortalidad general, lo que deja claro que la evolución de esta depende en última instancia de la mortalidad infantil.

El porcentaje de pobres es superior en la población infantil que en la adulta, aquella alcanza un 17'4% mientras que esta sólo llega al 12'7% sobre el total de fallecidos. Estas cifras representarían un mínimo de la pobreza real. El matrimonio se manifiesta como elemento protec-

tor frente a la pobreza. Los pobres sufrieron con mayor intensidad que el resto de la población los momentos críticos pero la diferencia no fue demasiado ostensible.

La mortalidad presenta sus máximos anuales a finales de verano y en otoño con un segundo máximo en invierno que en el caso de los pobres se convierte en el momento de mayor número de muertes.

### APÉNDICE DOCUMENTAL

#### N.º DE ENTIERROS REGISTRADOS EN LA PARROQUIA DE ALFACAR

AÑO	N.º	AÑO	N.º	AÑO	N.º	AÑO	N.º
1618	4	1639	20	1660	16	1681	19
1619	19	1640	22	1661	19	1682	26
1620	9	1641	18	1662	18	1683	33
1621	1	1642	18	1663	26	1684	34
1622	6	1643	36	1664	96	1685	40
1623	12	1644	39	1665	37	1686	29
1624	25	1645	16	1666	22	1687	19
1625	23	1646	29	1667	43	1688	24
1626	21	1647	23	1668	24	1689	22 •
1627	21	1648	31	1669	17	1690	14
1628	36	1649	32	1670	19	1691	18
1629	26	1650	43	1671	16	1692	40
1630	22	1651	22	1672	30	1693	24
1631	60	1652	17	1673	18	1694	37
1632	31	1653	15	1674	26	1695	27
1633	20	1654	20	1675	24	1696	22
1634	18	1655	29	1676	28	1697	28
1635	21	1656	21	1677	35	1698	19
1636	18	1657	24	1678	64	1699	34
1637	35	1658	35 •	1679	80	1700	38
1638	35	1659	34	1680	22		

